

---

# DISCURSO DE AGRADECIMIENTO

---

He aprendido con los años a disfrutar los momentos celebratorios. Estoy disfrutando hoy la sorpresa que me brindan desde el Grupo de Investigación en Estudios de Género, escuchar las palabras de familiares, colegas, amigas y amigos; escuchar a jóvenes con quienes estoy trabajando, y que comparten su tiempo y su entusiasmo conmigo.

Anoté algunas ideas cuando me dijeron que tendría diez minutos para hablar. Después de todas las cosas hermosas que han dicho hoy, veremos si hay algo que pueda sorprenderlos, a ustedes que ya conocen algo de mí, o que lo conocen de otra manera. Pensé en tres cuestiones, palabras que espero poder decir en medio de la emoción de estos momentos.

En estas ocasiones, una piensa y se pregunta si acaso tengo que dar un testimonio de parte o si acaso tengo que hacer un ajuste de cuentas conmigo misma para compartir con ustedes. Se me ocurren entonces tres ideas. Lo primero es *¿qué somos?*, si soy mis raíces, si me he construido, si me he descubierto... *¿qué es lo que somos?* Y creo que una buena parte de lo que somos, en mi caso, tiene que ver con mis raíces. Tiene que ver, tal vez, con *la piedra en el zapato* y *el nudo en la garganta* que siempre decíamos, Patricia Ruiz Bravo y yo, a nuestras asesoradas, para que una tesis sea una tesis. Ojalá eso me ayude ahora a que estas palabras sean las que quisiera decir, *¿qué piedra en el zapato y qué nudo en la garganta tengo?*

En primer lugar, *¿qué somos?* Mis raíces. Carmen Henríquez, maestra en Huacho. Alejandra Puñes, comunera en el Valle del Mantaro. Seguro que dejo de mencionar a otras personas que en la familia fueron también parte de mis raíces. De alguna manera descubro que en esas raíces está el país que vive en mí, efectivamente hay un país que vive en mí. Es un país que vive en mí, que descubrí poco a poco, que ahora encuentro en mi camino de dudas y de respuestas, de proyectos. Pero sobre el que tengo también muchas interrogantes que he compartido y que he descubierto en la mesa con mi padre, en el patio de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos con el optimismo mágico de Fernando Hidalgo -el padre de mi hija mayor- y el realismo oriental de Ernesto Choy -el padre de mi hija menor-; a mitad de camino entre ellos dos he descubierto algo de ese país.

Como luego después, en la propia Pontificia Universidad Católica del Perú, también con mis estudiantes, con todos los estudiantes, sobre todo los primeros de la etapa en que muchos jóvenes de América Latina vinieron emigrando de las dictaduras del cono Sur, que me devolvieron a la vez el encuentro con los otros y el encuentro conmigo misma.

Porque en esa primera etapa, para armar mis interrogantes y para armar mi propio mapa, compartiendo este optimismo mágico y este realismo oriental, fui descubriendo a los cercanos y a los lejanos, al próximo y al prójimo, a las diferencias que nos unen o que nos separan, al oprobio y al escándalo del latifundio, al pongo del cual hablaba Arguedas, a las mujeres que no nos encontrábamos reconocidas. Y así fui armando el mapa de mis raíces y de mis dudas, de mis apuestas y mis proyectos.

Encontré también que soy parte de una generación, una segunda manera de encontrarme a mí misma y que me interesa mucho remarcar, porque no soy una excepción. A diferencia de pioneras de épocas pasadas, en el siglo XVIII y aún a comienzos del siglo XX, considero que soy parte de una generación. Soy parte de una generación que se hace en colectivo y como voz colectiva se hace escuchar. Seguro tengo una historia personal, pero soy parte de una generación marcada por varios elementos importantes: el mandato de cambio, sin duda, con todo lo que pueda tener eso de carga para los años 70. Pero también parte de una generación que se atrevió a transgredir, como ocurrió con el feminismo. Y parte de una generación que -creo yo- llega masivamente a la universidad en los años 70: las mujeres. Lo digo a propósito, porque creo que ahora, este año, estamos viendo una cuarta etapa: un cuarto contingente de esas generaciones que llegan a la universidad masivamente sobre todo en regiones, pero también en Lima, y que han estado el mes de noviembre en las calles.

Entonces, *¿cuán importante es sentirme parte de esa generación?* Hubo un proyecto colectivo, que resulta del encuentro con las injusticias, de lo que heredamos de alguien como Flora Tristán, de buscar en ese peregrinaje qué es lo que podemos construir. Descubrí que, como parte de esa generación, era un colectivo, pero en el que cada una cuenta, que cada una vale, en el que cada uno cuenta, que cada uno vale.

Y eso me conduce a un aspecto central: cómo vivo yo mis amores, mis proyectos, mis afectos, mis expectativas, en torno a lo que nosotros hacemos, con nuestros propios proyectos y a través de las ideas que compartimos; en este caso lo que compartí en mi experiencia profesional, pero también lo que compartí en mi compromiso ciudadano con la izquierda.

Fui parte de movimientos de izquierda, en la Unidad Democrático Popular (UDP), en la Izquierda Unida (IU). Y soy todavía una militante de izquierda, porque creo que la militancia tiene que ver con los principios a los cuales todavía aspiro. Aspiro a principios de igualdad y de justicia, y esos todavía hay que seguirlos peleando, entonces sigo siendo una militante de izquierda, y espero que esa izquierda se renueve y que encuentre su camino.

Mi experiencia laboral y ciudadana también tiene que ver con mi paso por el Instituto Nacional de Planificación, con la convicción de que había que hacer obra pública, de

que el sector público tiene que ser dignificado y que tiene que transformarse. Y por ello, a comienzos de los años 80, como Izquierda Unida se hizo el primer presupuesto alternativo que defendió Carlos Malpica en el Congreso, en el marco del proyecto Servicios Populares, experiencia compartida con Maruja Barrig. Estoy hablando de una trayectoria que es personal, académica y profesional, pero debo señalar que, para mí, desde entonces, ese recorrido ya andaba muy de la mano con la universidad.

Un tercer punto se refiere a lo que representó para mí la universidad y la academia. Distingo dos momentos en mi experiencia del saber, del conocer, del aprender, del compartir conocimiento, más que de producir conocimiento; compartir conocimiento porque creo que compartir es la fuente más importante para el conocimiento.

Una primera etapa me remite a mis primeros 25 años en la docencia universitaria, porque he sacado la cuenta y llevo 54 años enseñando, de los cuales 46 años han sido en la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP). Son 54 años porque enseñé primero en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM), después dejé la UNMSM, entre viajes de estudios al extranjero (Carolina del Norte, Londres, Toulouse), volví a enseñar en la UNMSM y, después vine a la PUCP. Pero en ese ínterin tuve experiencias en el sector público. Toda esa etapa significó, una tensión muy grande entre mi compromiso ciudadano-político, mi compromiso con el país y mi compromiso con la universidad.

Y en ese ir y venir, trataba de traer y volver al país, en medio de estudios y colaboración con diversas instituciones: entre las organizaciones de base de mujeres, los frentes de defensa y la sociología. Debo reivindicar algo muy importante sobre lo que nunca he dudado: que no solamente se trata de la imaginación sociológica de la cual yo leí y bebí en el patio y las aulas de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, sino de la relevancia del análisis sociológico que pudimos poner en marcha con mucho esfuerzo quienes trabajamos en sociología y en ciencias sociales en las universidades, tanto en la UNMSM como en la PUCP.

Creo que uno de los elementos más importantes de la sociología, para mí, es que es una disciplina que puede analizar nuestra propia manera de vivir y aportar a la vida en sociedad. Mi compromiso con la sociología tiene que ver con esa capacidad de poner en duda, con esa capacidad de buscar detrás, con esa capacidad de ir más allá de los sentidos comunes; de saber que el yo cognoscente no es omnipotente, que también se le puede desvestir, que se le puede desnudar, como al país y que entonces encontraremos otras fibras, otras vibras, para poderlo recuperar, para poder recuperar otros conocimientos y otras formas de ejercer el poder. Y eso es para mí la sociología, la sociología es un arma muy importante del conocimiento, que se ha podido desarrollar gracias a la universidad. Y valoro muchísimo la universidad, porque la universidad permite ese ser interpelado e interpelar a la vez.

Creo que tenemos que cuidar mucho la universidad, en un país en que existen tendencias a tener fuertes formas de autoritarismo, tenemos que cuidar que la tolerancia, el diálogo y el debate puedan persistir. Siento que he tenido el privilegio de trabajar en la universidad, de recuperar esos debates, -aún en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos donde era tan difícil debatir-, poder hacerlo y saber que allí y así tiene que hacerse el saber, debatiendo. Y donde ha habido mejores condiciones para recuperar el diálogo y debate - que muestra cuán fructífero puede ser - se valora aún más donde no lo hay. He valorado mucho mi paso por la PUCP, lo sigo valorando, todavía no me voy, todavía me verán, me seguirán viendo, produciendo, y además demandando a las y los colegas; sé que los hago trabajar, muchas veces más de lo que debería, pero me alegra mucho que hayan podido -y querido- compartir conmigo algunas aventuras y tareas, desde el Diploma de Estudios de Género hasta el Doctorado en Sociología, el Grupo Interdisciplinario de Investigación en Conflictos y Desigualdades Sociales (GICO-PUCP), trAndeS - Programa de Posgrado en Desarrollo Sostenible y Desigualdades Sociales en la Región Andina, la Comisión del Bicentenario y más.

La sociología abre muchas cuestiones a trabajar, brinda perspectivas y horizontes a explorar. Comencé trabajando sobre las estrategias de supervivencia y ahora -en medio de tantas violencias- quiero ver las estrategias de convivencia, la gestión de la vida, reiterar cuán relevante es aquello que decíamos de las desigualdades, cómo las desigualdades muestran que hay una crisis de solidaridad. Puedo mencionar las distintas tradiciones académicas y culturales presentes en estas inquietudes, pero debo hacer esta intervención corta, así que sólo diré que hay algunas constantes: la persona, la condición humana, y la justicia.

Mis primeros 25 años fueron mi descubrimiento de la sociología con César Germán y Aníbal Quijano en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y de las Ciencias Sociales con Inés García y Alberto Flores Galindo en la PUCP. Pero el descubrimiento también de mi conciencia ciudadana y de mi convicción ciudadana como persona, con Carmen Lora y Rolando Ames, con quienes hemos compartido mucho, y otras colegas en la vida política, como Marisa Gonzales. Entonces ha sido ese descubrimiento múltiple.

Creo que los siguientes 25 años han sido un periodo de profundización y de búsqueda en la academia y con mis estudiantes, ha sido una construcción de otro tipo. He querido construir institución, luego de la destrucción del conflicto armado. Sigo aspirando a la vida en democracia con mis compañeras de Mujeres por la Democracia. Pero, sobre todo, he querido construir institución y aportar a la vida universitaria. Me parece que lo he hecho. Ha sido muy consciente esa decisión, ha sido muy consciente porque para mi generación hubo siempre la crítica de *quién es* un intelectual, de *quién quiere ser* un intelectual. Y en el Perú, - un país tan elitista- construirse como intelectual es un enorme trabajo. Tengo que agradecer a mis estudiantes, tengo que agradecer a mis colegas haberme permitido hacer ese paso.

Pero *¿por qué la academia?, ¿por qué el conocimiento?, y ¿por qué los estudiantes?* Porque donde no hay instituciones, o son precarias, hay que fortalecerlas: por supuesto para atender la salud, la gestión de la vida, la construcción democrática, pero también la universidad. La universidad tiene que ser una de las más valoradas, porque se trata de cuidar un espacio donde se pueda deliberar, donde se pueda formar nuevos profesionales, construir, de-construir y retroalimentar redes de conocimiento, construir pensamiento autónomo.

Y mi decisión fue muy consciente porque tanto en la universidad como en los estudios de género, hay una vocación humanista. Los estudios de género representan la concentración de mi dedicación académica desde los años 90 - 95. He estado dedicada no sólo a los estudios de género, pero principalmente a los estudios de género. Y efectivamente lo he hecho muy conscientemente, porque creo que no solamente aportan a la formación humanista que todos en ciencias sociales -y también en otras especialidades- debemos tener, sino que aportan a la comprensión de uno mismo. Y yo me pregunto si, de repente, los que se oponen es que no quieren conocerse a ellos mismos, de repente los que se oponen no quieren ser parte de su propio conocimiento porque tienen miedo de lo que van a descubrir de sí mismos. Entonces los reto, reto a quienes se oponen a estos estudios, para decir que no tengan miedo de su propio ser, que descubran cómo son, cómo somos, -cómo somos humanos, materia, corporeidad y sensibilidad-, cómo somos parte de este mundo, cómo somos develando las leyes de la jerarquía, las leyes de la opresión, los mandatos familiares que te oprimen, los mandatos comunales que te encierran, la violencia que te aniquila.

*¿Abriendo las puertas habré sido pionera?* Tal vez. Y aquí termino. Tal vez el hecho de que mis colegas me den esta calificación hoy sea porque abrí puertas, nada más. Entonces habrá que mantener esas puertas abiertas, habrá que alimentar la alegría, habrá que re-humanizar hoy día que nos vemos atravesados por tantas penurias. Y, ¡¡que me permitan las nuevas generaciones ser parte de su memoria, ser parte de su historia, y perseguir con ellos la esperanza!!

Muchas gracias a todas/os ustedes.

**Dra. Narda Henríquez Ayín**

Profesora Emérita

Departamento Académico de Ciencias Sociales

Pontificia Universidad Católica del Perú

Lima, 21 de diciembre de 2020